

## **Creación literaria: resistencia poética contra la resignación**

Podría pensarse que hablar de arte en un contexto de guerra como el de nuestro país es un asunto menor. Pero si concebimos esta guerra como un estado posibilitado por seres emocionados, seres que imaginan e invierten sus energías en sus ideas, entonces, entendemos que sólo un proceso artístico que posibilite una profunda transformación personal, sólo el arte con su poder constructor, destructor y sanador puede gestar el espíritu necesario para una verdadera resistencia a la guerra: Una resistencia artística donde no le damos energía a la destrucción porque la invertimos en la creación.

¿Para qué escribimos? ¿Por qué ésta necesidad de construir historias? Cuando tránsito por las librerías, veo los estantes llenos de libros maravillosos, parecería que ya todo se ha dicho, que ya todo se ha pensado, que un escrito más no es necesario. Sin embargo, hay una historia que falta: la mía, la historia que sólo yo podría contar, mi obra, la obra que sólo yo podría crear.

Contar mis historias es una necesidad, quiero contar que cuando era niña, mientras jugaba al escondite, un sonido fuerte me hizo saltar, las puertas se llenaron de vecinos y en boca de mi tío descubrí que vivía en un país donde los carros se convertían en bombas que podían tumbar las casas de tu barrio. Quiero contar que un día mientras esperaba en el andén, un hombre me mostro su pene, y descubrí que vivía en un mundo en donde los hombres saludan a las niñas con sus miembros en las manos.

Ya no soy una niña, ya no me asusta la presentación fugaz de un pene, pero sí pensar que otras niñas seguirán siendo espantadas y en muchos casos violentadas por falos que se fugan en bicicleta. Ya no me engañan las falsas noticias de los noticieros, pero me entristece ver cómo nuestro país consume junto a su almuerzo, las mentiras que fabrican con hilos invisibles unos medios sin vergüenza.

Ahora soy artista, escribo. Cómo no darme cuenta de que toda creación es política, aunque hable de la historia de mi familia, de los amigos, de los relatos escondidos en los territorios. La condición política del medio donde he crecido y creado subyace en el interior de toda obra. Y allí radica la importancia de una escritura propia, de una literatura donde nos contemos nuestra propia historia, de una escritura femenina que se arriesgue a re-escribir las historias que nos condicionan, que han colonizados nuestro imaginario de mujer, nuestro imaginario de país.

No podemos subestimar el poder de las narraciones, todos nuestros significados se constituyen a partir de las historias que nos han contado: Cucarachas asesinas, cuerpos disponibles, menstruaciones sucias. Significados que se construyen con historias, con ideas

transmitidas en la trivialidad de una frase. Ideas que condicionan nuestra relación con el mundo. ¿Hasta dónde nos determinan las historias que nos contamos? ¿Hasta dónde nos sincronizan los prototipos creados por otros narradores?

Un símbolo puede ser transformado por otro símbolo, por eso, impulsar una nueva estructura narrativa para las historias de nuestro país, es un proceso de desplazamiento, en donde una nueva historia desplaza a una vieja, con el poder simbólico propio de toda narración. Un proceso de descolonización dirigido a la identificación de los símbolos ocultos tras las narraciones que nos cuentan y nos contamos. Escribir es un acto íntimo con posibilidades de proyección infinitas. Escribir nuestras palabras, es la apuesta para nivelar la balanza, para utilizar el recurso de la construcción lingüística haciendo un peso hacia el lado del discurso particular, del recorte vivencial, del testimonio personal cargado de “sentidos”. La poesía, en oposición a la maquinaria mediática que parece no tener fisura, pero la tiene, y la creación es una de ellas, una grieta que se resiste a ser tapada.

Entonces, la apuesta por una escritura propia, se convirtió en un objetivo fundamental para significar la creación literaria como un acto trascendente para mis necesidades como creadora. Mis escritos son una búsqueda de nuevos sentidos para seguir reconstruyendo mi percepción, para seguir significándome y generar oposición a la homogenización estética y sensorial que nos proponen desde todos los frentes. Es la lucha contra la resignación, contra el consumo pasivo de los paradigmas que nos fabrican. Es la forma de decir: No me resigno. No me resigno, porque en las voces de mis personajes recuerdo que esta ficción la construyo a cada instante, que mi historia se escribe con cada respiración, y como escritora no puedo dejar de preguntarme: ¿Qué narración estoy componiendo en este respiro? La respuesta tiene la forma de una avalancha de recuerdos. La memoria, ese campo-concepto que me contiene, que me concibe como objeto y sujeto, se vuelve el espacio desde donde puedo crear, allí el oficio adquiere un sentido terapéutico, sanador y profundamente social.

Mi entorno lo llevo guardado con formas de recuerdo: a mi país lo veo cuando evoco los ojos de mi abuelo andariego, hijo del mestizaje y la violencia de colores. A mi país lo veo en el niño que esta mañana caía al andén mareado por el pegante que inhalaba. A mi país lo veo en los pies quemados de los campesinos condenados a vagar las calles de una ciudad hostil. A mi tiempo lo veo en mi dolor, en mi evasión, en cada una de mis letras. La vida, la belleza, la magia del territorio que habito, la veo en cada uno de nuestros ríos, en las selvas caminadas, en los ojos de mi hija que danza con una sonrisa.

Soy mujer, escribo, mis letras son tan femeninas como todo lo que creo, mi esencia pulsa en todo lo que hago. En la carta “*La estrella*” del tarot de Marsella, una mujer le da agua al río, y es así como concibo una escritura femenina en mi país, mujeres que dan agua a sus ríos, que crean historias con su historia.

Escribo de la forma más cercana y más autónoma que conozco para gestar la transformación, la reconstrucción de símbolos, la revisión de imaginarios. Soy creadora, resisto con la poesía, desde la narración: Resistencia poética contra la resignación al dolor.

Genny Cuervo, 2016.